

DOMINGO DE RAMOS

Evangelio (Lucas 19, 28-40): *Paz en el cielo y gloria en lo alto.*

1ª lectura (Isaías 50, 4-7): *El Señor Dios me ha abierto el oído.*

Salmo (21, 8-9.17-18a.19-20.23-24): *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»*

2ª lectura (Filipenses 2, 6-11): *Se despojó de su rango.*

Pasión (Lucas 22, 14-23,56): *Realmente, este hombre era justo.*

Dios lleva ahora a cumplimiento su promesa, Jesús se acerca a la meta de su largo camino. El Maestro, ha recorrido todo el camino a pie. Se acerca a Jerusalén, sabe lo que allí le aguarda, pero se dirige a la ciudad cabalgando sobre un asno, tal y como lo había anunciado el profeta Zacarías. Demuestra así que no va como un peregrino más, sino como el Mesías prometido, como el último y definitivo rey que Dios envía a su pueblo.

«¡Bendito el que viene como rey en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en la altura». Los discípulos conocen y reconocen a Jesús en persona como el rey que cuenta con el favor de Dios. Él es bendito: Dios le ha bendecido, le ha dado el poder vital que necesita para llevar a cabo su obra. Viene en nombre del Señor: viene por encargo y con el poder de Dios para realizar aquello para lo que Dios le ha enviado a Jerusalén, y: *«Os digo que, si estos callaran, gritarían las piedras».*

Jesús se reúne a cenar con los doce que ha escogido y que ha enviado ya a misión, debiendo llevar su mensaje a todos los pueblos como testigos suyos. Comienza diciéndoles: *«Ardientemente he deseado comer esta comida pascual con vosotros antes de padecer».* Les ofrece pan y vino diciendo: *«Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros»* y *«esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre, que se derrama por vosotros».*

Jesús se entrega por toda la humanidad, pero subraya que lo hace por sus doce apóstoles (*«por vosotros»*). Su amor no va dirigido a una masa anónima o a una “humanidad” ideal, sino a cada hombre personalmente, a cada uno de nosotros. Los apóstoles pueden experimentar el amor y el servicio de Jesús desde la mayor intimidad posible, de manera muy personal, pero a la vez como representantes de los demás hombres.

A los que se han adherido a Él, les hace partícipes de su gloria: *«Yo preparo para vosotros un reino, igual que el Padre lo ha preparado para mí».* Por siempre estaréis a mi lado y participaréis conmigo en el banquete del Reino. Jesús hace esta promesa a cada uno personalmente.

El cristianismo fue surgiendo cuando tras la muerte de Jesús, los hombres y mujeres que habían convivido con Él se negaron a olvidarlo y siguieron recordándolo. **¡Cómo olvidar a alguien así! ¡Jesús había significado la experiencia más grande de su vida!** En los encuentros hablaban de Él porque lo llevaban en el corazón. Pronto aquel recuerdo se fue iluminando con una convicción insospechada: **¡Jesús vive, no ha podido morir para siempre!** Y, desde lo más profundo de sí mismos, alentados por el mismo Espíritu del resucitado, fueron naciendo a la fe: **«Al que crucificaron Dios lo ha resucitado».**

También nosotros nacemos a la fe cuando hacemos memoria de Jesús. Para eso se escribieron los textos evangélicos, para que no se pierda en el tiempo su memoria, para que no olvidemos, para que podamos acercarnos a Él por primera vez, para que siempre podamos volver a Él; se escribieron para que podamos ver y admirar su vida entregada por amor y para que, haciéndolo así, nuestro corazón se enamore de Él, y podamos sentirlo vivo y deseemos seguirlo por los caminos de este tiempo.

Podemos acercarnos al relato de la pasión observando los acontecimientos desde “lejos”, viendo a un hombre que es traicionado y llevado de un lugar a otro, que es interrogado, torturado, crucificado y que muere en una cruz. Y poco más. Hemos leído y escuchado el relato de la pasión tantas veces que corremos el riesgo de verlo así, desde “lejos”, sin que nos toque más adentro.

Pero nos podemos atrever a entrar en el “alma” de la vida y la muerte que allí se narra. Para eso se escribieron los relatos, para que los hombres y mujeres de todas las épocas podamos adentrarnos en el “alma” de Jesús, y de sus discípulos, y en la humanidad, y en Dios. Hoy, como aquellos primeros discípulos, asustados y decepcionados que, tras su muerte, hablaban de lo que había sucedido, podemos entrar más adentro, en la profundidad de lo que sucedió, y podemos meditarlo y guardarlo en el corazón, y así acoger el amor de Dios, que desborda todo conocimiento humano.

La pasión y muerte de Jesús fue la pasión y muerte de un justo, de un inocente, del hombre que nos amó como Dios ama. **¿Por qué la humanidad lo trató de ese modo?** La pasión de Jesús será para siempre pasión solidaria con todos los justos e inocentes, aplastados y asesinados. **¿Es posible seguir a Jesús sin desear llevar su cruz en las cruces de sus hermanos, los hombres de hoy?**